

La calle es bendita ¹

Viviana Marcela Vargas Leal

Profesional en Ciencia de la Información-Bibliotecología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Magíster en E-Learning, Universidad Autónoma de Bucaramanga, Bucaramanga, Colombia. Directora Técnica, Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación – CRAI, Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia.

<https://orcid.org/0000-0001-6241-3239>

dibiblio@ustabuca.edu.co

Julián, Heidi y Marcela crecieron al ritmo del pregón callejero y al vaivén de puestos de venta improvisados en las calles de los barrios Centro, Restrepo y 20 de julio al sur de Bogotá. Su madre era una mujer cabeza de hogar, con un corazón latente como la raíz de un árbol que se abre paso a través de las piedras para buscar incansablemente la luz. Aquella mujer a la que le habían dado el nombre de la primera miss universo de Colombia era una figura inconfundible en esas calles. Su piel trigueña, el cabello ondulado y los lunares que adornaban sus mejillas eran los rasgos físicos que acompañaban una fuerza descomunal oculta tras sus 1,54 metros de estatura. Luz Marina gozaba de la habilidad innata del mejor de los oradores cuando entraba en acción en su puesto ambulante de medias veladas.

En pleno corazón de Bogotá, en la esquina ubicada en la décima con décima, empieza esta travesía. En 1982 Luz Marina acababa de tener a su primer hijo. Un bebé de cabello rubio y mejillas rozagantes a quién llamo Julián. Con un horizonte incierto se arrojó a buscar el sustento para su hogar. El producto insignia con el que trabajó durante casi toda la vida llegó a ella como caído del cielo un día que vio a un comerciante cargar un enorme bulto de mercancía y al hombre se le cayó una tarjeta con los datos de contacto de una bodega ubicada al suroccidente de Bogotá en el barrio Timiza: él se convirtió de inmediato en su proveedor de cabecera. Este fue el punto de partida de su vida como comerciante de medias veladas, que, por aquella época, se vendían como pan caliente en la fría capital, puesto que, era una prenda que estaba arraigada a la cultura de la moda femenina de los tiempos que corrían.

Cierto día, en aquel octavo compás del año, Luz Marina invirtió treinta mil pesos en un bulto, cargado no solo de medias, sino también de promesas y oportunidades. Ese lote de medias contenía alrededor de doce docenas de medias de colores surtidos: negro, *brown*, blanco, arena, canela, caramelo y otros que Luz Marina hoy en día no recuerda. Sin dejar ningún detalle al azar averiguó cómo conseguir empaques de marcas reconocidas como Dorella y Cocom porque sabía que la presentación era tan importante como el producto mismo.

Así, cada noche bajo la tenue luz de su casa y mientras su hijo descansaba se dedicaba a arreglar las medias en cartones, organizándolas con precisión por tallas y colores. Su labor silenciosa, casi ritual,

¹ Esta crónica hace parte de las creaciones escritas realizadas en el Diplomado en Procesos de Lectoescritura que ofrece el CRAI, cohorte 20 de 2024.

tenía un propósito claro: estar lista al amanecer, cuando las calles comenzaban a llenarse de vida, y, de la esperanza de un mejor porvenir. Entre delicadas texturas y colores que iban del negro clásico al caramelo suave, Luz Marina transformaba las medias veladas en algo más que un producto; cada par llevaba consigo el hilo invisible de su esfuerzo y la determinación de construir un futuro mejor para ella, su hijo Julián y, sin saberlo aún, seis años más adelante para sus hijas Marcela y Heidy.

Centro de Bogotá: agosto de 1982, finales de junio de 1989

Con firmeza armó su pequeño puesto ambulante; un mostrario de medias que con delicadeza ofrecía a las señoras para que se las probaran en las manos. El mostrario incluía texturas y colores variados: seda fría, velada con diseño, velada mate, opaca, brillante, acanalada, dedos libres, de lunares, de rayas y hasta de lana. Cada par se vendía a mil pesos, a excepción de las que venían con diseño que tenían un costo de mil quinientos pesos. La mercancía estaba dispuesta en una caja de cartón que se sostenía sobre dos guacales. Con ese sencillo, pero significativo puesto ambulante comenzaba su jornada diaria. En esos tiempos, recuerda Luz Marina, no había tantos vendedores, por lo que las calles aún respiraban un ambiente de calma y las ventas vivían un auge sin precedentes, especialmente el negocio de medias veladas que era impulsado por el boom de la moda femenina de la época.

Su día arrancaba a las ocho de la mañana, después de dejar a su hijo en el jardín de Telecom, recuerda con nostalgia aquellos días de ventas asombrosas, donde podía llegar a vender entre setenta y ochenta mil pesos diarios, una cifra impresionante para la época. También recuerda cómo esa atmósfera de ventas en la calle se adornaba de grandes almacenes de cadena, entre ellos el Tía, el Ley y almacenes Vida; aunque hoy ya no existen, aquellos gigantes del comercio formal no solo eran un referente de consumo para los bogotanos de la época, sino que también contribuían a que ciertas zonas fueran más comerciales y transitadas; proporcionando más flujo de clientes para las ventas ambulantes.

El oficio de vendedora de medias veladas en aquella esquina del centro de Bogotá ya era parte de su vida, y como sucede con cualquier trabajo diario, cada día traía sus propios desafíos. En vísperas del nacimiento de su segunda hija, la policía realizaba una abatida para dispersar a los vendedores ambulantes, el caos se desató en la calle donde Luz Marina trabajaba, las personas escapaban a un ritmo frenético y aunque la futura madre intentó seguirles el paso, se quedó allí, quieta, sin saber qué hacer. No podía correr como los demás, y su panza hacía que se sintiera más vulnerable. Fue entonces cuando un par de policías se acercaron y, sorprendentemente, en lugar de detenerla o regañarla, se ofrecieron a ayudarla a recoger su puesto. Le levantaron la caja y, con un tono algo más amable, le dijeron que se fuera a su casa y no volviera a vender allí ese día. Luz Marian los miró agradecida, aunque aún se hallaba estupefacta por lo que acababa de vivir.

Ese año un nuevo ciclo de vida comenzó con el nacimiento de su Marcela, una pequeña Michelin de cabellera rizada y ojos maravillosos; con ella llegó la necesidad de expandir su puesto ambulante, además de su caja de medias, los dos guacales que soportaban y daban altura al puesto se sumó un guacal. Allí, entre pañales, termos, teteros y risas, metía a su bebé, y con el inicio de cada venta, el aire se impregnaba de un aroma a bebé y de más sueños por cumplir.

Rápidamente el 6 de julio del siguiente año llegó con el nacimiento de su tercera hija, una niña de ojos grandes y personalidad serena, que encontraba consuelo en su chupete natural: el dedo pulgar en la

boca. La llamó Heidy. Con más tropel a cuestras, Luz Marina dejó las ventas por un tiempo mientras organizaba a su creciente manada. En su corazón vivía la idea de tener más tiempo para sus tres hijos, por lo que retomaría las ventas años más adelante, aunque solo los domingos en el emblemático y bullicioso barrio 20 de Julio.

20 de Julio:1994-2003

Los domingos eran especialmente duros, pero también los más prometedores. Mientras muchos descansaban, Luz Marina y su pequeño equipo de batalla se empoderaban de un espacio de 1.5x1.5 metros en la calle 27 sur del barrio 20 de Julio. Allí, entre miles de vendedores, millares de feligreses y el campanazo que anunciaba cada hora el comienzo de la misa estaba todo preparado para conseguir el sustento de toda una semana. El ritual dominguero comenzaba cuando el reloj marcaba las tres de la mañana. Luz Marina salía de casa con dos de sus hijos, recurrentemente con Julián y Marcela, mientras Heidy, la más pequeña, con una mezcla de ternura infantil y resignación quedaba en casa acompañando y ayudando a su abuela María Angélica.

El acompañamiento de Julián y Marcela tenía un sentido estratégico y esa madre lo sabía, necesitaba la ayuda de sus hijos mayores. Julián cargaba uno de los bultos de mercancía como si en cada paso se jugara algo más grande que el peso físico: cargaba el deber de proteger a su familia por ser el hombre de la casa y el soporte que su madre necesitaba, por lo que, desde aquella casa ubicada en el barrio La Fragüita, al sur de Bogotá, hasta la calle 27 sur con carrera 6, avanzaba con la determinación de un adulto, aunque apenas tenía 12 años.

Al llegar al destino el sacrificio alcanzaba un matiz desgarrador. En la penumbra fría y desolada de la madrugada, dejaban a Marcela, su hermana de apenas seis años. Era un acto que muchos podrían tildar de cruel, pero en la lógica implacable de la supervivencia, era una decisión necesaria. Allí, en ese rincón envuelto por el silencio helado, quedaba aquella niña vivaracha y despierta, cuidando los dos bultos como si fueran tesoros, ese panorama era habitual entre muchas familias que llegaban al sector a iniciar su jornada de trabajo. Marcela no lloraba, sabía que no podía, que su pequeña figura debía resistir como un pilar más de aquella familia que peleaba por seguir adelante.

Mientras tanto, Luz Marina y Julián se desplazaban hasta la carrera 9ª., a tres cuadras de distancia, donde en varias casas que habían acondicionado como espacio de bodega, muchos de los vendedores guardaban un pesado escaparate de hierro que debían armar para convertirlo en su puesto ambulante y otros elementos que necesitaban durante todo el día: carpa y plásticos para protegerse de la lluvia, una butaca, una tabla y varios cartones que servían de soporte para exhibir las medias veladas. Como grandes arquitectos todos empezaban a encajar cada una de las piezas del módulo de hierro, luego los cubrían con una especie de carpa verde esmeralda en la parte superior e inferior para protegerse de los cambios climáticos.

Las ventas iniciaban con el campanazo de las seis de la mañana que anunciaba la salida de los primeros feligreses de misa de cinco y la llegada otros tantos que iban para misa de seis. Era el momento en que el frío de la madrugada empezaba a mezclarse con la calidez de los primeros clientes y de las primeras ganancias; en esos momentos, siempre resonaba en la cabeza de Luz Marina la frase: La calle es bendita, porque era allí donde encontraba todo lo necesario para seguir avanzando y para ver en los

rostros de sus hijos la felicidad de un trabajo duro pero que tenía grandes frutos que se convertían en salidas al parque, helados, rica comida, ropa, juguetes y muchos gustos más que siempre brindó a su familia.

Contar esta historia no es solo un homenaje a esa heroica mujer, es también una forma de contar la vida de un vendedor ambulante y cómo en medio de los días más difíciles, cuando las ventas eran escasas y el cansancio apretaba, Luz Marina no dejaba de repetir 'La calle es bendita'. Sabía que, aunque no siempre fuera generosa, la calle nunca la había abandonado y que recorrer en familia aquellas calles de Bogotá era un legado y lección de vida para aprender a resistir, a soñar y a creer que el esfuerzo podía abrir miles de caminos. Al mirar atrás, hoy casi quince años después, Julián, Heidy y Marcela saben que su madre fue esa figura que mantenía todo en pie, incluso cuando el mundo parecía tambalear y pueden ver con claridad todo lo que ella fue y les ha dado. Esta es su historia, pero también es la de sus hijos, porque cada paso que dio, lo dio junto a ellos.